gros de Madaure al lado de las seducciones de Cartago? Y si Agustín, inocente aún, había sucumbido tan pronto en Madaure, ¿qué iba á ser de este mismo Agustín que entraba ya pecador en Cartago?

Su llegada causó sensación entre los estudiantes. Agustín poseía ya muchas lenguas, tenía una disposición especial para la Filosofía y la Metafísica, grande amor al estudio, un entusiasmo singular por la Poesía y las Bellas Artes en sus diversos géneros, y sobre todo, cierta elocuencia natural que brotaba sin esfuerzo de su alma sublime á la vez que apasionada. Dejó pues admirados á sus condiscípulos y aun á sus maestros, presintiendo todos que muy en breve llegaría á ser la gloria del Foro cartaginés.

En medio de estos triunfos, la reserva y timidez añadían cierto encanto á su persona; no gustándole hacer ostentación del talento ni dejándose llevar de la vanidad. Llevaba en su fisonomía, cada vez más bella, ese candor que tan bien sienta en un carácter elevado, y que, al mismo tiempo, es señal y compañero del verdadero talento. Tal era Agustín á la vista de los hombres, pero él nos confiesa humildemente que en su interior era muy otro: que soñaba con la gloria y con el renombre, que sus miras, llenas de ambición, se dirigían al Foro, y que bajo esa

apariencia modesta, de que jamás se despojó y le era natural, ocultaba un alma, cada vez más enamorada de sí misma. «Yo, dice, ocupaba el »primer lugar en las escuelas de Retórica, lo »que me ensoberbecía y llenaba de vanidad. »Sin embargo, oh Dios mío, continúa, Vos sa»béis que era más circunspecto que los otros, y »que me alejaba de las locuras de mis cama»radas, llamados *eversores*. Llegué á experi»mentar una especie de vergüenza, porque no »era como ellos; y me complací en su amistad, »aunque siempre tenía horror á sus desorde»nadas travesuras, esto es, á los engaños y »chascos, con que descaradamente perseguían la »cortedad é ignorancia de los forasteros y des»conocidos, inquietándoles sin razón ni interés »alguno, y perjudicándoles sólo por hacer burla, »y fomentar así sus bromas de mal género. Con »tales compañeros estudiaba yo Elocuencia, en la »cual deseaba sobresalir únicamente por brillar; »deseo tanto más reprensible, cuanto que era ex»citado por la vanidad (1).»

Pero, por grandes que fuesen entonces su

(1) «Et major jam eram in schola rhetoris; et gaudebam superbè, et tumebam typho... Inter hos ego, imbecilla tunc ætate, discebam libros eloquentiæ fine damnabili et ventoso per gaudia vanitatis humanæ.» (*Confes.*, lib. III, cap. III et IV.)

vanidad y ambición, no eran éstas las mayores llagas de Agustín; su corazón estaba más enfermo que su espíritu. A los primeros desvaríos de las pasiones, que tan violenta y terriblemente se manifestaron en Thagaste, había sucedido cierto malestar, acaso más terrible aún. Su alma, olvidada de Dios y entristecida, buscaba algo que pudiese satisfacerla; pero este algo que le faltaba y echaba de menos, no sabía dónde hallarle; vivía en una inquietud indefinible que le atormentaba continuamente. Lleno de vagos deseos, sin objeto ni límites, había llegado á esa situación que de ordinario precede las grandes caídas, y á menudo las anuncia. «Yo no ama»ba aún, dice, pero deseaba amar; y devorado »por este deseo, buscaba un objeto á mi pa»sión. Recorría la ciudad para encontrarle, y me »causaba tedio y aburrimiento no hallar luego »lo que quería.» Continúa Agustín hablando de esto mismo, y lo hace con palabras de admirable profundidad. «Olvidado de Vos, oh Dios »mío, mi corazón desfallecía, aconteciendo esto »porque el alimento interior, que sois Vos, fal»taba á mi alma y no sentía hambre, antes »bien experimentaba hastío; ni era porque hu»biese comido de él hasta saciarme sino por in»apetencia, así que mi alma enferma, cubier»ta de úlceras y muriendo de inanición, se arro»jaba, ¡infeliz!, fuera de sí misma, mendigan»do de las criaturas algo que pudiera calmar »sus ansias. Yo quería amar y ser amado, pero »amado con un cariño absoluto y sin reserva de »ninguna clase (1).» Agustín no tenía posición, ni podía figurar en una ciudad tan populosa; pero en cambio era joven, agradable y de porte distinguido (2): ¿cómo, pues, para desgracia suya, no había de caer, un día ú otro, en aquellas redes que tanto deseaba le aprisionaran?

Los teatros, á que, desde su llegada á Cartago, concurría con la pasión que tuvo siempre por esta clase de placeres, acabaron de precipitarle en el abismo. Para su viva imaginación y sensibilidad exquisita, que le hacía llorar á la simple lectura de unos buenos versos, ó al oir la relación de un acto generoso inspirado por el

(1) «Nondum amabam et amare amabam, et secretiore indigentia oderam me minus indigentem. Quærebam quod amarem, amans amare, et oderam securitatem et viam sine muscipulis. Quoniam fames mihi erat intus ab interiore cibo, teipso, Deus meus; et ea fame non esuriebam, sed eram sine desiderio alimentorum incorruptibilium, non quia plenus eis eram, sed quo inanior, eo fastidiosior. Et ideo non bene valebat anima mea; et ulcerosa projiciebat se foras miserabiliter scalpi avida contactu sensibilium. Sed si non haberent animam, non utique amarentur. Amare et amari dulce mihi erat, etc.» (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

(2) «Elegans et urbanus.» (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

amor, el teatro era de encanto irresistible. «Los »teatros, llenos de las imágenes de mi flaqueza y »abundantes en incentivos del fuego que en mí »ardía, también me arrebataban (1).» Al salir de allí, quedaba tan enamorado de aquellas bellezas y tan conmovido por aquellos grandes sacrificios, que no buscaba sino ocasiones de hallarlas en cualquiera cosa para sentir placer, y anhelaba realizar parecidos sacrificios, así fuesen tan penosos como los representados en el teatro.

Pero ¡ah! que estas ocasiones las buscaba hasta en el templo, pues en los primeros días de su permanencia en Cartago Agustín asistía á los actos religiosos, si bien sólo corporalmente; y tenía el corazón dominado por las pasiones, no buscando sus ojos más que un objeto que correspondiese á sus deseos. Es difícil averiguar qué le aconteció cierto día, ni cuál fué el sacrílego intento que le condujo á la iglesia, como tampoco el castigo que Dios le impusiera; porque sobre esto dice muy pocas palabras, y de sentido demasiado vago. «Mi impudencia, escri»be, llegó á tal punto que, en una de vuestras »más solemnes festividades y en vuestra iglesia

(1) «Rapiebant me spectacula theatrica, plena imaginibus miseriarum mearum, et fomitibus ignis mei.» (*Confes.*, lib. III, cap. II.)

»misma, tuve el atrevimiento de concebir un »pensamiento culpable, procurando á la vez cier»to convenio funesto, cuyas consecuencias ha»bían de ser necesariamente mortales. Vos me »castigasteis por ello muy severamente, Dios »mío, pero no en proporción de mi crimen. ¡Tan »grande sois cuando usáis de vuestra misericor»dia! ¡Vos, mi Dios y mi refugio ante aquellas »mujeres seductoras, con que yo me extraviaba »presuntuoso y altanero; alejándome cada vez »más de Vos, prefiriendo mis caprichos á vuestros »santos mandamientos y amando más que vues»tra libertad la de los esclavos fugitivos (1)!»

Han creído algunos que aquí, en esta iglesia, ante el altar y en día de gran fiesta, Agustín encontrara lo que de tiempo atrás venía deseando. Como quiera que sea, no tardó en hallarlo para desdicha suya. «Caí, dice, en esas »redes que tanto deseaba, ¡oh mi Dios! y con »cuánta amargura sazonó vuestra bondad esta

(1) «Ausus sum etiam in celebritate solemnitatum tuarum intra parietes ecclesiæ, concupiscere et agere negotium procurandi fructus mortis; unde me verberasti gravibus pœnis, sed nihil ad culpam meam, o tu prægrandis misericordia mea, Deus meus, refugium meum a terribilibus nocentibus, in quibus vagatus sum, præfidente collo, ad longe recendendum a te, amans vias meas et non tuas, amans fugitivam libertatem.» (*Confes.*, lib. II, cap. II.)

»miel. Amé y fuí amado, y lanzándome en un »mar de placeres, llegué á conocer los ardientes »celos, las sospechas, los temores, las iras y las »tempestades del amor (1).» ¿Quién era esta desgraciada joven que, olvidando á Dios por Agustín, como éste olvidaba á Dios por ella, cautivó de tal suerte su corazón, que le siguió por mar y tierra durante quince años, á Thagaste, á Cartago, á Roma, á Milán, y que no le dejó hasta el momento de su conversión, en que bañada en lágrimas y convertida también, se retiró á un monasterio, dándose enteramente á Dios? No lo sabemos: Agustín, con reserva delicadísima, ocultó el nombre de aquélla, especialmente á su piadosa madre, así como también el lazo que encadenaba su vida, y que, ni los ruegos de Santa Mónica ni sus muchas lágrimas pudieron romper. Bien pronto, sin embargo, se vió obligado á confesar su bochornoso secreto, pues en el año de 372 tuvo ya un hijo, ese memorable Adeodato á quien más tarde, en los días de su arrepentimiento, no se

(1) «Rui etiam in amorem quo cupiebam capi, Deus meus, quanto felle mihi suavitatem illam, et quam bonus aspersisti! Quia et amatus sum, et perveni occulte ad vinculum fruendi, et colligabar lætus ærumnosis nexibus, ut cæderer virgis ferreis ardentibus zeli, et suspicionum, et timorum, et irarum, atque rixarum.» (*Confes.*, lib. III, cap. I.)

atrevía á llamar con otro nombre que con el de hijo del pecado; pero á quien en los días de su amorosa pasión y en las primeras emociones de su triste felicidad, le llamó *A Deo datus*, dado por Dios. «Tal era entonces mi vida, excla»ma San Agustín, pero, ¡Dios mío! ¿era vida »esto (1)?»

Cuando supo Mónica los desórdenes de su hijo, sintió dolor tan profundo que llegó á temerse por ella. Sus lágrimas corrían día y noche, y ni aun en público lograba contenerlas. A veces, cuando salía de orar ó de asistir al Santo Sacrificio, dejaba el puesto que había ocupado todo bañado en lágrimas que á raudales brotaban de sus ojos. La Iglesia ha instituído en honor de Santa Mónica una fiesta que celebra el 4 de Mayo, y que pudiera llamarse con toda propiedad fiesta de las lágrimas de una madre cristiana; porque es lo que muy especialmente se menciona en ella. Escuchemos los términos:

ANTÍFONA 1.ª—Esta madre lloraba y oraba asiduamente, á fin de obtener la conversión de Agustín.

ANTÍFONA 2.ª—Oh feliz madre, que habíais de ser

(1) «Talis vita mea; numquid vita erat, Deus meus?» (*Confes.*, lib. III, cap. II.)

un día escuchada según vuestros deseos! Entretanto, lloraba día y noche, y pedía ardientemente por su hijo.

ANTÍFONA 3.ª—Miradla, ahí está la viuda que sabe llorar, y vertió tantas y tan amargas lágrimas por su hijo.

ANTÍFONA 4.ª—Las lágrimas, que á torrentes derramaba esta Santa, llegaron hasta Vos, Señor.

ANTÍFONA 5.ª—Las lágrimas de esta madre inconsolable no cesaban de correr (1).

He aquí lo que llamo la fiesta de las lágrimas de Santa Mónica; porque todo el Oficio continúa así, revelándonos en esta madre admirable, según veremos en el curso de la historia, un dolor sin segundo en los fastos de la Iglesia.

Había no obstante una circunstancia que sostenía á nuestra Santa en su dolor, y era que no

(1) «1. Flebat et orabat assidue pia parens super filium, per quem Dominus impiorum capita conquassavit.—2. Beata mater, quæ implevit desiderium suum, dum pro salute filii plorans jugiter rogaret Dominum. Exaudisti eam nec despexisti lacrymas ejus, cum profluentes rigarent terram.—3. Hæc est illa vere flens vidua, quæ filium diu et amare deflevit.—4. Elevaverunt flumina lacrymarum. Domine, per sanctam matrem, elevaverunt flumina vocem suam.—5. Flebat uberrimis lacrymis, etc.» *(Brev. Rom., Aug. 4 Maii.)*

lloraba sola: Patricio, asociándose á la fe de su esposa, empezaba á asociarse también á sus lágrimas. Es verdad que andaba lentamente, como quien venía de lejos, pero al fin iba marchando hacia la virtud, al mismo tiempo que á la verdad.

La Iglesia canta en las bellas oraciones de su liturgia (1), y San Agustín afirma (2) que esta conversión, lo mismo que la suya, se debió á las oraciones y lágrimas de Mónica; pero también, según hemos ya indicado, debe atribuirse á los encantos y celestiales atractivos de la virtud, cada día mayor, á la dulzura, á los sacrificios y á la humilde y casta ternura con que siempre había correspondido á los desdenes de su marido; y en fin, al perfume de piedad que subía al cielo de aquella alma inmolada, y ofrecida siempre en sacrificio por la salud espiritual del mismo. Todas estas virtudes reunidas, habían creado en torno de Patricio una atmósfera, en la cual, sin conocerlo, respiraba la fe. Cuando el bien, la belleza y la verdad encarnan así en la criatura, ejercen una fascinación tan suave y

(1) «Benedictione tua copiosa, quæsumus Domine, hæc munera sanctifica, quæ, in solemnitate beatæ Monicæ tibi, suis precibus et lacrymis Patritium virum suum lucratæ, offerrimus etc.» *(Missa Sanctæ Monicæ, 4 Maii.* Miss. Rom. Aug. Secr.)

(2) *Confes.*, lib. IX, cap. IX.

poderosa, que no se la resiste: es necesario huir ó sucumbir, no hay término medio.

Patricio sucumbió por dicha suya, é iba mejorando de año en año, sin apenas percibirlo; pero últimamente cambió su vida por completo. Obrando anticipadamente el sacramento del Bautismo que deseaba recibir, había comprendido cuánto valen la pureza de corazón y la bondadosa ternura, y, arrepentido del pasado, quería hacer olvidar á su esposa las crueles aflicciones que le había causado (1).

Aunque un corazón haya vivido siempre en tristeza y sufriendo, si se derrama en él una gota de cariño, luego se olvida de todo. Santa Mónica recibía entonces esta gota preciosa, y después de diecisiete años de matrimonio, su alma y la de su marido se unían con ese amor delicado y sublime á la vez, que tan bien nos describe un autor contemporáneo. «Cuando al»guno ha sido para una criatura extraviada la »luz que le revela su caída y el instrumento que »la levanta á la altura de que nunca debió des»cender; este favor sublime que la libra de una »muerte segura y eterna, suele inspirar á am-

(1) «Virum suum in extrema vita temporali ejus lucrata est tibi, nec in eo jam fideli planxit quod in nondum fideli toleraverat.» *(Confes.*, lib. IX, cap. IX.)

»bos un atractivo indefinible, nacido del bien »que el uno ha hecho, y de la dicha que el otro ha »recibido (1).» Patricio y Mónica experimentaron este noble atractivo antes de separarse para la eternidad; y la ternura de la esposa para con aquella alma querida, salvada de la muerte eterna, y el reconocimiento del esposo para con ese corazón amante, tan dulce como fuerte, que le había sacado del abismo en que yacía, causaron en sus almas, que en la vejez ya no eran dos, uno de esos amores que no hay nombre con que expresar.

Ignóranse las circunstancias que ocurrieron en la muerte de Patricio, y sólo se sabe que, habiendo enfermado hacia el 371 y comprendiendo se aproximaba la última hora, pidió y recibió el bautismo con gran fervor, durmiéndose en Jesucristo cristiana y tranquilamente, asistido de aquel ángel que Dios le diera por esposa; y que á fuerza de dulzura, de paciencia, de afectuoso amor y sacrificios, había logrado traerle de muy lejos para presentarle á Dios. Retrocedamos con el pensamiento diecisiete años. Cuando Patricio contrajo esponsales con Mónica, la nobleza, la generosidad, la rectitud y la delicadeza de Patricio estaban comprimidas tan hon-

(1) El P. Lacordaire, *Santa Magdalena.*

damente, que ni el ojo más penetrante, incluso el suyo, hubiera podido distinguirlas: sólo se dejaban oir el orgullo, la soberbia, el indiferentismo religioso y las malas pasiones que se habían apoderado de su alma. Pero poco á poco, y bajo la suave influencia de Mónica, todo había cambiado; las malas pasiones se retiraron al fondo del alma, mientras las buenas cualidades que un día la embellecieran, abandonando las sombrías mansiones do se habían refugiado, volvieron á aparecer y manifestarse. La luz de la fe había concluído por triunfar de todo, y cuando Patricio exhaló el último aliento, iluminaba su postrera mirada, llena de reconocimiento y felicidad. Mónica asistía á esta escena llorando de gozo y dolor á la vez; no acordándose ya de las flaquezas y de los rigores de su marido y sintiendo mucho perderle, precisamente cuando iba á gozar de su cariñoso afecto. Algún tanto consolada con la idea de volverle á encontrar en día no lejano, y preparándole modesta sepultura, reservóse en ella un puesto, á fin de estar siempre al lado de aquel cuya alma había resucitado (1).

Así consolaba Dios á su sierva, sin dejarla sucumbir al vivísimo dolor, que producían en ella los extravíos de su hijo. A cada paso que éste

(1) *Confes.*, lib. IX, cap. XI.

daba en el mal, había correspondido en aquél un nuevo paso hacia el bien. Cuando Agustín empezó á alejarse de Dios, á frecuentar los teatros y á dejar arder en su corazón el fuego del vicio; Patricio, aproximándose al Ser Supremo, se hacía catecúmeno. Cuando Agustín, despreciando los consejos, ruegos y lágrimas de su madre, había encadenado su vida con un amor culpable é iba á deshonrarse á los dieciocho años con una vergonzosa paternidad; Patricio pidió el bautismo, renaciendo á la vida en sus aguas saludables, purificándose más y más en las de la penitencia, y muriendo como cristiano. Esto que vemos al principiar nuestra historia, lo veremos hasta el fin: siempre junto á los dolores de Santa Mónica hallaremos un consuelo. La recompensa era bien merecida, y Dios se la dispensaba con mucha justicia; porque si en medio de tales dolores había tenido resignación, era debido á su muy ardiente fe, y si lloraba por Agustín al parecer más de lo que debía, era por tener á Dios un amor tan grande, que no reconocía límites.